

Miguel Ángel Pardo
Índice homilias
Enero 2015

Solemnidad de Santa María, Madre de Dios	2
Santísimo Nombre de Jesús	4
El Bautismo del Señor	6
Aquí estoy, Señor, porque me has llamado	7
La Carta a los Hebreos.....	9
Esto es la verdad	11

Solemnidad de Santa María, Madre de Dios ⁽¹⁾

Jueves, 1 de enero de 2015

Textos: Núm 6, 22-27; Salmo 66; Gál 4, 4-7; Lc 2, 16-21

«**El Señor tenga piedad y nos bendiga**». Así hemos respondido a la primera lectura, dándonos una de las primeras claves de este día tan rico en motivos en una misma celebración.

Hoy comenzamos un nuevo año y la Iglesia nos recuerda que la historia, el tiempo, es un regalo y un don de Dios, que todo está en sus manos y queremos empezar el año invocando esa bendición de Dios. Y aunque en la Iglesia el nuevo año cristiano, el nuevo año litúrgico lo hemos comenzado el primer Domingo de Adviento, la Iglesia toma el nuevo año civil como una ocasión para recordar siempre que estamos en las manos del Señor y que todo lo que somos, lo que vivimos, nuestra historia y los avatares de la vida deseamos que estén bajo la protección, bajo la mirada y bajo la bendición de Dios.

La bendición también nos ayuda a comprender la importancia de creer en un Dios que bendice. Hemos escuchado un texto precioso que está en el libro de los Números, «**El Señor tenga piedad y os bendiga, ilumine su rostro sobre vosotros y os conceda su favor, os muestre su rostro y os conceda la paz**». Esta bendición, tomada de la Escritura, es la que usaba san Francisco de Asís para bendecir, como tantos otros Santos. Bendición que hemos escuchado en la primera lectura.

Hoy queremos pedirle de corazón al Señor, lo mejor –en este año que comienza–, para nosotros, para nuestros seres queridos, para nuestra Iglesia, para el mundo entero y para la humanidad, se lo pedimos de corazón.

Y pedimos también en este día, primero de año, en el que se celebra la Jornada Mundial de la Paz, –*al final de la Misa recibiremos la bendición especialísima para este día*–, pedimos al Señor el don tan necesario y urgentísimo de la paz. Que haya paz entre las naciones, que en ningún sitio haya guerra. Una paz que siempre tiene detrás una manera de vivir, de actuar y de relacionarse entre los hombres, con una disposición del corazón que está en el fundamento para que esa paz perdure.

Por eso, esa paz depende también de que los hombres vivamos de una manera pacífica, pedimos al Señor la paz a todos los niveles, a nivel mundial entre las naciones, en todos los hogares, en nuestras familias, en nuestros pueblos y ciudades, que el Señor nos conceda a todos la paz.

La segunda lectura, brevemente, nos ha narrado el acontecimiento central de la historia, Dios se ha hecho hombre naciendo de una mujer, de nuestra Madre la Virgen María el Hijo de Dios se hizo hombre para que nosotros nos hagamos hijos de Dios. En esta lectura descubrimos que gracias a la Encarnación podemos llamar a Dios “Padre”. Mejor aún, san Pablo dice que tenemos que usar las mismas palabras que usó el Señor en Getsemaní, “Abba” que significa “papá”.

Tenemos que aprender a llamar a Dios “papá”, con toda la confianza de un niño, con toda la confianza de alguien que nos quiere como Dios, con todo su corazón. Y yo diría, tenemos que aprender también a llamar a María “mamá”. Dios se ha hecho hombre de verdad por obra y

gracia del Espíritu Santo, ha querido hacerse nuestro hermano, y por eso su Padre es nuestro Padre y su Madre es también nuestra Madre, la Madre de la Iglesia, que es María.

Le pedimos hoy al Señor que nos ayude a creerlo de corazón. “*Papá*”, ¡inténtalo! Trata a Dios Padre de verdad, de corazón, como lo llama el Señor. Y a la Virgen, a la que tanto quieres, no tengas ningún reparo en decirle la expresión más entrañable, que es “*mamá*”.

Por último, hemos escuchado en el Evangelio que los pastores reciben el aviso de los ángeles, llegan a Belén, ven a María y a José con el Niño Jesús, y después de adorarle salen a anunciar a los demás lo que les habían dicho los ángeles, que ha nacido el Mesías, el Salvador. El evangelio nos dice que María guardaba todas estas cosas en su corazón. Creo que al mirar a la Virgen, a la que hoy celebramos de forma especial como Madre de Dios, ella nos mira y nos dice: *«aprende tú también a rezar, aprende tú también a conservar en tu corazón las maravillas de Dios, aprende a creer todo lo que el Señor hace por ti»*.

Y al mirar a María, que es Madre de Dios, la miramos con profundo agradecimiento. Cuando en los primeros siglos se debatió la controversia de los que decían que María no es madre de Dios, hubo en la Iglesia un revuelo tremendo. Entonces en el siglo V se convocó un Concilio y allí se proclamó con un gozo inmenso de toda la Iglesia que María era Madre de Dios, porque lo que decimos de María tiene que ver con lo que creemos de Jesús, y lo que creemos de Jesús afecta a la Virgen.

De manera que en la Iglesia siempre ha ido unido la verdadera fe sobre María y la verdadera fe de Jesús. Si Jesús, hombre verdaderamente, es Dios, el que nace de María es Dios, luego María es Madre de Dios. Y como el que nace de María va a formar con nosotros la familia de Dios, va a formar la Iglesia y nos va a hacer a nosotros sus hermanos, luego María es Madre de la Iglesia y es Madre nuestra. Y lo vivimos con un gozo inmenso. María es nuestra Madre espiritual que nos enseña a acoger, a mirar y a comprender a Jesús.

Recogiendo la cantidad de cosas que celebramos en estos días, queremos dar gracias a Dios por el nuevo año, que de la mano de la Virgen, Madre de Dios y de la mano de Jesús nuestro Señor, sea un año lleno de bienes para todos y ojalá que traiga en todas partes la bendición de la Paz.

Que así sea



⁽¹⁾ **MADRE DE DIOS.**- Es el más antiguo e importante título dogmático de la Virgen, habiendo sido definido por la Iglesia, bajo el pontificado del Papa San Celestino I en el Concilio de Éfeso (Turquía) el año 431. Es el dogma más ecuménico, compartido y aceptado por todas las confesiones cristianas.

Santísimo Nombre de Jesús ⁽¹⁾

Sábado, 3 de enero de 2015

Textos: 1 Jn 2, 29-3,6; Salmo 97; Jn 1, 29-34

Celebramos hoy el Santo Nombre de Jesús, un regalo que el Señor nos ha dado, conocer como se llama el Señor nos abre su intimidad. Conocer el nombre de una persona nos abre la puerta para tratar con ella, para llamarla por su nombre.

Por otra parte al conocer el nombre de Jesús, el Señor espera que lo usemos, *«te he dado mi nombre para que me llames, para que me invoques, para que hables conmigo, para que nuestra vida sea un diálogo mutuo»*. Toda la vida del hombre se convierte en un caminar dialogando con Jesús, el Señor. Esto es lo que verdaderamente está detrás de este regalo del nombre de Jesús, que significa “Dios salva”.

Y desde las lecturas que hoy nos presenta la liturgia, quedan claras las dos grandes dimensiones de lo que significa salvar. **Salvar es redimir del pecado y, sobre todo, comunicar la vida de Dios.** San Juan en la primera carta nos ha dicho: *«todo el que peca no ha conocido a Dios»* y *«Jesucristo se manifestó para borrar los pecados»*.

En el pasaje del evangelio vemos que Juan prepara el camino del Señor. Juan señala a Jesús y dice: *«he ahí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo»*. Por lo tanto Jesús es el que nos redime, el que expía los pecados. Por eso, justo antes de comulgar, reconociéndonos pecadores, decimos: *«Señor no soy digno/digna de que entres en mi casa»*. Por lo tanto, la indicación de Juan permanece y resuena en el corazón de la Iglesia hasta el final de los tiempos.

Por lo tanto, el nombre de Jesús se va a desplegar en cantidad de títulos, porque para comprender lo que significa Jesús, la misma Escritura no hace más que darle nuevos nombres o títulos para comprender la riqueza que tiene este nombre.

En el texto del evangelio san Juan Bautista da testimonio de Jesús diciendo: *«Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu Santo y se posa sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo»*. Jesús salva porque devuelve al hombre la vida de Dios, porque el hombre es admitido de nuevo en la comunión con Dios, entrando por el Espíritu Santo en la comunión del Padre y del Hijo, entrando en el seno de las relaciones de la Trinidad, participando de la vida de Dios. Quitado el pecado, el hombre entra en la amistad con Dios para vivir una vida digna de Dios. *«Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios»* ⁽²⁾

Termino recordando una frase preciosa que recita san Pedro en el primer discurso en el día de Pentecostés. La Iglesia nace, los apóstoles y los discípulos salen del cenáculo y san Pedro en la predicación dice que se ha cumplido lo dicho por el profeta Joel: *«Derramaré el Espíritu Santo y vuestros hijos e hijas profetizarán. Y todo el que invoque el nombre del Señor se salvará»*.

El nombre del Señor es el nombre de Jesús que nosotros invocamos, *«Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos, sino el nombre del Señor Jesús»* ⁽³⁾

Con esta confianza de saber que Jesús es el único salvador del mundo, seguimos adelante en la celebración, donde Jesús realiza lo que significa su nombre, porque escuchando su Palabra purifica nuestro corazón, y en la celebración de la liturgia eucarística Él mismo se entrega por nosotros y se nos da como alimento. Delante de Él nos reconocemos pecadores, y somos bendecidos por aquel que nos llama a recibirle para entrar en comunión con el Dios vivo.

Señor Jesús, enséñanos a acoger el don de tu nombre y a vivir invocándote de todo corazón.

Que así sea



⁽¹⁾ **EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS**, nombre anunciado por el Ángel a san José e impuesto al Niño en la circuncisión, invocado por los fieles desde los comienzos de la Iglesia, empezó a ser venerado en las celebraciones litúrgicas en el siglo XIV. San Bernardino de Siena, franciscano, y sus discípulos fueron los grandes apóstoles que propagaron este culto a lo largo y ancho de Italia y de Europa. En 1530, Clemente VII concedió a la Orden Franciscana la celebración del Oficio del Santísimo Nombre de Jesús. Inocencio XIII, en el s. XVIII, hizo extensiva la fiesta a la Iglesia universal.

⁽²⁾ Rom 8, 14

⁽³⁾ Hch 4, 12

El Bautismo del Señor

Domingo, 11 de enero de 2015

Textos: Is 42, 1-4.6-7; Salmo 28; 1 Jn 5, 5-8; Mc 1, 7-11

«**Jesús vino con agua y con sangre**». Esta frase, que parece enigmática, es la que hemos escuchado en la segunda lectura de esta fiesta del Bautismo del Señor. El apóstol san Juan, que ha madurado mucho en su amor al Señor, que ha crecido profundamente en la fe, acaba diciendo al final de su carta: «**el que vence al mundo es el que cree que Jesús es el Hijo de Dios**».

¿Qué significa la frase de san Juan? Puede significar que Jesús, siendo Dios hecho hombre, se puso en la fila de los pecadores para ser bautizado, y esto llamó poderosamente la atención a Juan ¿cómo es posible que el que viene a salvar, se ponga a la fila de los pecadores y se haga bautizar? Pues mirad, porque lo central en Jesús es redimir, y un signo de esa redención es el agua, el agua que limpia, que purifica.

Pero Jesús, no sólo se hizo bautizar con agua, sino que también en la cruz derramó su sangre. Esto quiere decir que para salvarnos el Señor dio su vida, no nos salvó de cualquier manera. Y esto es importantísimo, porque de creer que el Señor derramó su sangre para salvarnos depende que nosotros comprendamos y creamos de veras el amor que Dios nos tiene. En la cruz es donde comprendemos el valor que tenemos para Él. Por lo tanto, salvar, purificar, perdonar, redimir, para eso ha venido el Señor, para hacer una gran limpieza a la humanidad, el Señor lo ha hecho dando su vida, derramando su sangre.

Pero también, hay otro momento en el que está pensando san Juan, y es el siguiente: cuando Jesús expira en la cruz, un soldado le atraviesa el costado con la lanza y al momento sale **sangre y agua**. Con esto san Juan quiere decirnos que en el bautismo recibimos la misma vida de Jesús, y que saliendo de su corazón el agua y la sangre llegan hasta ti y te da la vida. Cuando alguien está enfermo, a veces, necesita una transfusión de sangre, pues ¿qué es el bautismo? Es transfusión de la vida de Jesús a ti. **Ser bautizado es recibir a Jesús que abre su corazón y te da la vida que le sale de dentro, y eso lo hace amando.**

Y ¿qué hemos hecho de nuestro bautismo? **Porque ser bautizado es haber sido amado así, y el Señor espera que nos tomemos en serio lo que hemos recibido.** Esta acción de Cristo se administra en la Iglesia, sobre todo, bajo dos Sacramentos. El sacramento del Bautismo que recibimos bajo el símbolo del agua, y la Eucaristía donde el sacerdote dice: «**este es el cáliz de mi sangre, derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados**». Cuando comulgamos recibimos al Señor en su Cuerpo y en su Sangre. Cuando comulgamos el Señor nos dice: «**recibes mi cuerpo y mi sangre, recibes mi vida ¿estás dispuesto/dispuesta a abrirme tu corazón?**».

Te damos gracias, Señor, porque nos has bautizado y hemos sido amados hasta el extremo. Gracias, Señor, porque nos has abierto tu corazón y nos has compartido tu vida.

Que así sea



Aquí estoy, Señor, porque me has llamado

Domingo, 18 de enero de 2015

Textos: 1 Sam 3, 3-10.19; Salmo 39; 1 Cor 6, 13-15.17-20; Jn 1, 35-42

Unos cuantos años antes de que el pueblo de Israel tuviera Reyes, estamos hablando de muchos años antes de Jesucristo, el sacerdote Elí estaba en el templo y ve que se acerca una mujer a rezar delante del Señor. Ana oraba acongojada porque tenía una gran pena, llevaba muchos años casada sin tener hijos y estaba desahogando su corazón con el Señor. El sacerdote Elí le dice: *«El Señor ha escuchado tu oración, vete en paz»*.

Ana creyó lo que el Señor le dijo a través del sacerdote, y unos meses después concibió y dio a luz un hijo, Samuel. Ella se lo ofreció al Señor, y después de tenerle un tiempo lo llevó al templo con Elí. Posteriormente el Señor bendijo a Ana con más hijos.

Samuel se quedó en el templo con Elí. El joven fue creciendo y aprendiendo la fe judía, hasta que una noche el Señor tocó el corazón de Samuel y le habló. Pero Samuel —que nunca había tenido experiencia de Dios—, al oír en mitad de la noche que alguien le llamaba: *«¡Samuel! ¡Samuel!»* pensó que era el sacerdote Elí. Samuel va donde Elí y le dice: *«¡Aquí estoy!»*. Elí le responde: *«Yo no te he llamado, vuelve a acostarte»*. El Señor insiste: *«¡Samuel! ¡Samuel!»*. Y Samuel vuelve a hacer lo mismo.

A la tercera vez, Elí —sabiendo que el Señor había escuchado la oración de Ana, su madre—, comprendió y le dijo: «Samuel, a ti lo que te pasa es que te está llamando el Señor. Si vuelves a escuchar esa voz, responde: Habla Señor, que tu siervo escucha».

Posteriormente Samuel fue un hombre de Dios, vivió en una profunda relación con Dios. Una de las cosas más importantes que nos dice la Escritura es que nunca dejó caer en tierra ni dejó que se perdiera ninguna palabra de Dios. Había tenido tal experiencia del Señor que cuando el Señor le decía algo, eso lo acogía en el corazón, lo guardaba, lo vivía y lo transmitía. El Señor le enseñó a rezar e interceder por el pueblo.

Vamos a recoger lo que nos narra la Escritura en el primer libro de Samuel, y vamos a caer en la cuenta de algunas cosas. **Dios nos escucha siempre, y nos escucha, sobre todo, cuando oramos de verdad.** Y ¿cuándo oramos de verdad? **Cuando decimos a Dios lo que guardamos en el corazón.** No es difícil contar a Dios lo que llevas en el corazón. Le contamos al Señor cómo nos va, unas veces para darle gracias, otras veces si el corazón está triste o lo está pasando mal, entonces aprendemos a desahogar y abrir el corazón: *«¡Señor, mira lo que me pasa. Ayúdame, dame luz. Te presento esta situación!»* Y vemos cómo, abrir el corazón al Señor, es una oración eficaz.

Ana era consciente de que un hijo es un don de Dios, todo hijo es un regalo que Dios nos da, y ella se lo ofreció al Señor porque de Él lo recibió. Al Señor se lo pidió y a Él se lo confía. Samuel fue creciendo y sirviendo en el templo, pero un buen día todo cambia porque ese Dios del que le han hablado le llama, le habla y tiene un encuentro con Él y ya todo es diferente. Y lo más impresionante es que Dios le llama por su nombre: *«¡Samuel!»*.

¿Qué es orar? **Orar es descubrir que Dios me ama y que tiene mi nombre en su corazón.** Orar es percibir, a veces, cómo al estar con Él uno siente en el corazón que Dios pronuncia mi nombre, porque me quiere. Por eso la oración no es solo desahogar el corazón con el Señor,

que es importante, sino que es recibir los desahogos del corazón de Dios, **es percibir cómo el Señor me abre su intimidad y me cuenta lo que Él vive**. Pero claro, para eso hay que hacer un poco de recorrido, Samuel ha estado años allí en el templo, perseverando, es importante saber que hay que ponerse *a tiro*, **hay que estar delante del Señor y pedirle que nos hable, que nos haga entender su voz, que nos hable al corazón**.

Y por último, cuando uno es amigo de Dios descubre que al Señor le preocupan los demás, que es importante estar pendiente de lo que le sucede a los otros, por eso el Señor llamó a Samuel a ser profeta, a ser guía de su pueblo, un pueblo que no andaba bien y que no era fiel a Dios, eso lo llevaba Samuel muy metido en el corazón, así Samuel aprendió a interceder, a llevar ante el Señor las situaciones y las preocupaciones de los demás, descubriendo también cómo el Señor le enseñaba a amar.

Dice otro libro de la Escritura que Jeremías, un gran profeta, era alguien que amaba mucho a sus hermanos *«porque este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo»*⁽¹⁾, es decir, que el amor que se expresa en las obras es un amor que también sabe llevar a los demás en el corazón. Y cuando llevamos a los demás en el corazón, aprendemos a llevarlos delante de Dios. Y es maravilloso descubrir cómo esa oración es eficaz.

Si Ana fue escuchada en su oración: *«Señor, ojalá me concedieras un hijo»*, cuánto más Cristo Jesús te escucha cuando vas a la oración, cuando oras por los que el Señor te encomienda, por los que tienes en el corazón, o por los que sufren y padecen, o por los que lo pasan mal. Orar es saber que Dios está ahí y quiere hablar conmigo, orar es amar pidiéndole al Señor por nuestros hermanos.

Todo esto lo hacemos en la Misa, porque a la Misa venimos a presentar al Señor todo lo que llevamos en el corazón. Al Señor escuchamos cuando escuchamos la Palabra de Dios, ahora vamos a interceder en las peticiones y luego nos unimos a la Iglesia en la gran oración, presentando al Padre, en nombre de Jesucristo, todas las necesidades en la plegaria eucarística.

Señor enséñanos a orar, yo sé Señor que tú tienes mi nombre en tu corazón, ojalá me lo hagas sentir un día. Ojalá, Señor, aprenda a orar de corazón y enséñame a pedir por las necesidades de los demás.

Que así sea

⁽¹⁾ 2 Macabeos 15, 14



La Carta a los Hebreos

Sábado, 24 de enero de 2015

Textos: Heb 9, 2-3.11-14; Salmo 46; Mc 3, 20-21

El autor de la Carta a los Hebreos nos habla hoy de la acción decisiva de Cristo, del sacrificio que ha salvado al mundo. Nos habla del sacrificio del Señor que ha sido prefigurado y anticipado en las figuras del Antiguo Testamento pero que en Cristo ha llegado al verdadero cumplimiento.

Al principio de la lectura hemos escuchado, que es un sacrificio que ha hecho entrar a Cristo en el Cielo, en el santuario, y llegar hasta la presencia del Padre, a ponerse a la derecha del Padre. Por eso hemos respondido al salmo: «**Dios asciende entre aclamaciones**», porque el Señor, al ofrecerse, ese sacrificio ha tenido fruto y Él ha entrado en el Cielo. Jesús, como hombre, ha entrado en el Cielo glorificado, lleno de gloria. Cristo es Dios y hombre, y como hombre, la humanidad de Cristo tiene que ser transformada.

Y ¿cómo entra el hombre en Dios? ¿Cómo se realiza lo que hemos escuchado al final de la lectura, el culto a Dios? ¿Cómo es ese culto del hombre a Dios? Pues el corazón del culto del hombre a Dios es que el hombre se ofrece, esto es el corazón del sacrificio. Sacrificio (*sacri=sagrado y facere=hacer*) es hacer sagrado, hacer santo. Es decir, divinizar, hacer que algo sea santificado, sea transformado por Dios.

Pues **el corazón del sacrificio es la ofrenda**, ¿por qué? Porque al ofrecernos a Dios permitimos que Dios realice lo que está deseando hacer, que es: **actuar, transformarnos y llenarnos de Él. Esto es el corazón del sacrificio, es ofrecernos a Dios para que Él nos santifique.**

Cristo nos ha salvado así. Y para salvarnos primero ha tenido que abrazarnos, hacerse uno con nosotros, de manera que cuando Cristo se ofrece, se ofrece con la humanidad pecadora, sufriente y mortal que Él abraza. De aquí que ese abrazo a la humanidad le ha llevado a subirse a la cruz, donde vemos al Señor destrozado, lleno de sufrimiento, lleno de dolor y en esa cruz el Señor muere, porque en la cruz el Señor ha abrazado a todos los hombres en nuestra condición pecadora, sufriente y mortal.

Y dice el autor: «**se ofreció a sí mismo en virtud del Espíritu eterno, consiguiendo la redención eterna**». Por lo tanto, Cristo hace esto lleno del Espíritu Santo y se ofreció al Padre por todos nosotros, el Padre acogió esta ofrenda y lo resucitó de entre los muertos.

Ciertamente, este tema del sacrificio no es fácil, podemos tener la tentación de darle demasiadas vueltas, –y como no lo entendemos muy bien– detenemos y no llegar a hacer lo que es evidente, lo que la Palabra de Dios nos pide. Y ¿qué es lo que la palabra de Dios nos pide? **Que nos ofrezcamos con Cristo y como Cristo.** Y es ofreciéndose cuando uno entiende mejor lo que parece que no entendía, porque es desde dentro de la ofrenda cuando uno entiende su sentido.

Esto es lo que ha salvado al mundo, porque Cristo no ha salvado al mundo sólo haciéndose hombre, ni ha salvado al mundo haciendo milagros, ni ha salvado al mundo enseñando, todo

eso es salvador ciertamente, pero el mundo no ha sido redimido por hablar o por elegir discípulos, **el mundo ha sido salvado porque Cristo se ofreció en la cruz y resucitó.**

Y eso que es el corazón de la vida del Señor, el corazón de la salvación, ciertamente el Señor lo ha perpetuado en la Eucaristía, **lo más importante de Cristo es lo que Cristo nos ha dejado en la Eucaristía**, porque en la Eucaristía es verdad que escuchamos su Palabra, pero lo más importante de la Eucaristía es que, escuchando la palabra de Dios, se realiza lo que el Señor dice.

El gran problema que tenemos en la Iglesia, es que, a veces, vivimos la Eucaristía sin la debida actitud interior adecuada, *«...vemos que ahí sucede algo grandioso que no entiendo muy bien, pero luego yo comulgo que me encanta»*. **La Misa se nos ha dado para que descubramos que Cristo se ofrece, aquí y ahora, invitándonos a ofrecernos con Él y como Él.**

Si venimos a Misa y no nos ofrecemos no hemos hecho algo decisivo de lo que depende el fruto de la Misa, porque podemos comulgar tropecientas veces, pero no por mucho comulgar las comuniones tienen mucho fruto, porque **el fruto de la Misa depende de lo que nosotros vivamos en ella.**

Quien no escucha y dice sí a la palabra condiciona el fruto de todo lo que viene después, quien escucha la palabra y dice sí entonces ya se abre a lo que viene después. Y lo que viene después no es comulgar, es ofrecerse. **Quien dice sí y se ofrece puede luego recibir al Señor y el fruto de la comunión.**

La Carta a los Hebreos es un texto decisivo para entender a Cristo, pero ciertamente, de que entendamos lo que nos dice la Carta a los Hebreos depende que entendamos y vivamos la Misa, porque al Señor le importa que la entendamos bien y que la vivamos cada vez mejor.

Escuchar y decir sí a su voluntad, ofrecerse, ofrecerlo todo y abrir de par en par nuestro corazón, para recibir al que se sacrifica y para que lo podamos comulgar. **Esto es lo que tenemos que ir viviendo día a día en la Misa, porque esto es el corazón y el centro del cristianismo, la Pascua de Cristo, Cristo ofrecido y resucitado.**

Señor, te pedimos en esta mañana, que nos concedas la gracia de entrar cada vez más en el Santo Sacrificio del altar. Que nos sumerjas cada vez más, Señor, en el misterio maravilloso de la Misa, el sacramento de tu amor, para que adorando lo que acontece podamos irradiarlo y vivirlo.

Que así sea



Carta a los Hebreos.- Esta carta-tratado alterna la exposición con la exhortación. Desde su sublime altura doctrinal, el autor (desconocido) contempla admirables y grandiosas correspondencias entre las instituciones del Antiguo Testamento y la nueva realidad cristiana, entre la realidad terrestre y la celeste, unidas y armonizadas por la resurrección y glorificación de Cristo. Su tema principal, es el sacerdocio de Cristo y el consiguiente culto cristiano.

Esto es la verdad

Domingo, 25 de enero de 2015

Textos: Jon 3, 1-5.10; Salmo 24; 1 Cor 7, 29-31; Mc 1, 14-20

«**Esto es la verdad**». Estas palabras las dijo ya de madrugada una mujer judía, alemana, que se llamaba Edith Stein, santa Teresa Benedicta de la Cruz. Lo dijo de madrugada porque por la tarde noche estando hospedada en casa de unos amigos, pasó a la biblioteca y cogió el libro de la vida de Santa Teresa de Jesús, empezó a leerlo y no pudo parar hasta el final. Cuando acabó cerró el libro y dijo: «**Esto es la verdad**».

Esta inteligente mujer era la menor de una familia numerosa, había sido educada en la fe judía, poco a poco fue perdiendo la fe hasta que llegó un momento en el que comenzó a buscar la verdad, ella quería encontrar el sentido de la vida. Empezó a investigar, estudió humanidades centrándose en la filosofía que era lo que respondía más a su inquietud, siendo en la universidad discípula de uno de los grandes filósofos del siglo XX, el profesor Husserl.

El encuentro con otro gran filósofo, Max Scheler, atrajo su atención sobre el catolicismo. Por este tiempo Edith vivió una experiencia que la transformó. Uno de sus amigos católicos muere en el frente y el encuentro con la joven viuda creyente la impactó, Edith encontró a una mujer llena de paz y de fe.

Leyendo a santa Teresa de Jesús, Edith ¿qué descubre? Descubre a una mujer como ella, aunque con unas circunstancias muy diferentes, una mujer creyente desde niña, pero que tras la muerte de su padre fue cuando Teresa tuvo un encuentro con Dios que marcará en adelante su vida. Sucedió que ante una imagen de Cristo muy llagado, Teresa se echa a sus pies llorando de todo corazón, arrepentida por su falta de fidelidad al Señor. Cristo, vivo y resucitado, se le hace presente a su lado, así lo escribe en el libro de su vida: «**Parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo, y como no era visión imaginaria, no veía en qué forma; mas estar siempre al lado derecho, sentíalo muy claro**».

A partir de ahí tenemos todo un desarrollo de una de las grandes místicas de la Iglesia. Teresa de Jesús recibe la gracia y la llamada del Señor a fundar otros Carmelos. Deja el monasterio de la Encarnación para fundar nuevos conventos, para que se viva como al Señor le agrada, ¡empresa inaudita! Sin medios, sin ayudas y además teniendo a todos en contra. Teresa de Jesús va narrando al final del libro de su vida, cómo el Señor actúa para que se cumpla lo que Él le ha dicho. Y esta mujer, Teresa de Jesús, que se encontró con el Señor, empieza a ser fecunda y empezará a fundar numerosos conventos.

Y aquella lectura de santa Teresa le hizo comprender a Edith Stein, que la verdad es una persona, que se llama Jesucristo y que esa verdad nos cambia la vida, nos convierte. Y nos convierte cuando hemos descubierto que el verdadero evangelio, la gran noticia es el Señor, que es nuestro Salvador, que es el que quiere llevar nuestra vida. Y ese Señor que nos convierte, nos llama para estar con Él y para ser pescadores de hombres.

Santa Teresa experimentó que el Señor la llamaba de verdad a ser suya, del todo y para siempre, y después de entregarse a Él y vivir de verdad al Señor, colmada de la gracia de Dios fue enviada, cada vez más, a trabajar por la salvación y por el bien de los hombres, que lo hará fundamentalmente de dos maneras: **ESCRIBIENDO y FUNDANDO**.

Edith Stein a partir de su conversión empieza a cambiar radicalmente de vida y tiene una trayectoria impresionante, maravillosa, que le hará pedir el bautismo, crecer en la vida de fe y descubrirá su vocación a tomar el hábito carmelita. Ingresa en el Carmelo de Polonia pero a causa de la persecución nazi será trasladada al Carmelo de Holanda. Desde allí junto a su hermana es llevada al campo de concentración Auschwitz-Birkenau y allí morirá mártir.

Hemos escuchado que el Señor nos ha dicho: «**El Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en el evangelio**». «**Venid conmigo y os haré pescadores de hombres**». Esto sigue vivo hoy, y sigue vivo a través de toda la historia de la Iglesia. El Señor lo va haciendo personal con cada uno.

Edith Stein tuvo que tener un recorrido muy largo hasta que el Señor apareció en su vida de una manera luminosa. **Santa Teresa de Jesús** por el contrario tuvo una lucha constante hasta que el “sí” de Teresa fue una luz de su tiempo y una bendición para tantas generaciones hasta el día de hoy, incluida tu familia, Luis.

Hoy nos sentimos llamados a tomarnos en serio que el Señor nos ama a todos. Que convertirse es volverse a Dios y descubrir que Él es la verdad, que Él quiere hacer de nuestra vida un camino con Él para tener fruto abundante, cada uno de una manera, con una llamada, con un camino, de modos muy originales, hasta el punto de que: ¡qué iba a pensar santa Teresa que casi cuatro siglos después una mujer, Edith Stein, leyendo su vida se iba a convertir, y que llegaría también a ser una gran Santa de la Iglesia declarada copatrona de Europa!

Pues el Señor hoy nos dice que Él también nos ama infinitamente, como lo descubrieron Teresa y Edith Stein, que Él también nos llama a cada uno de nosotros, quiere que hagamos un camino con Él y estamos llamados a dar fruto, mucho más allá de lo que nosotros somos capaces de ver y controlar.

Luis, seguro que no vas a olvidar que te jubilas en el año dedicado a Santa Teresa, yo quiero encomendarte especialmente a ella, a la que quieres desde hace muchos años, con la que te has ido educando en la fe, para que ella te acompañe y te de luz en este camino de la vida que sigue, porque te jubilas del trabajo pero no de tu ministerio de Diácono.

Gracias Luis por toda tu vida en la parroquia donde has dado tu persona, tu tiempo, donde hemos experimentado tu presencia, tu acogida. Quiero pedirle al Señor por esta nueva etapa de tu vida, que es una etapa donde el Señor quiere seguir bendiciendo tu labor.

Luis, abre tu corazón para que el Señor pueda llenare de paz y de luz, para que esta etapa que continua en tu vida sea una etapa grande de bendición.

En nombre de la comunidad parroquial te doy las gracias de corazón, y le pedimos al Señor que a ti, a tu mujer, a tu hija, a tu nieto, a tu hermana y a toda tu familia os bendiga de corazón, para que siguiendo la llamada del Señor puedas ser instrumento de bendición y puedas dar fruto para gloria de Dios.

Que así sea

